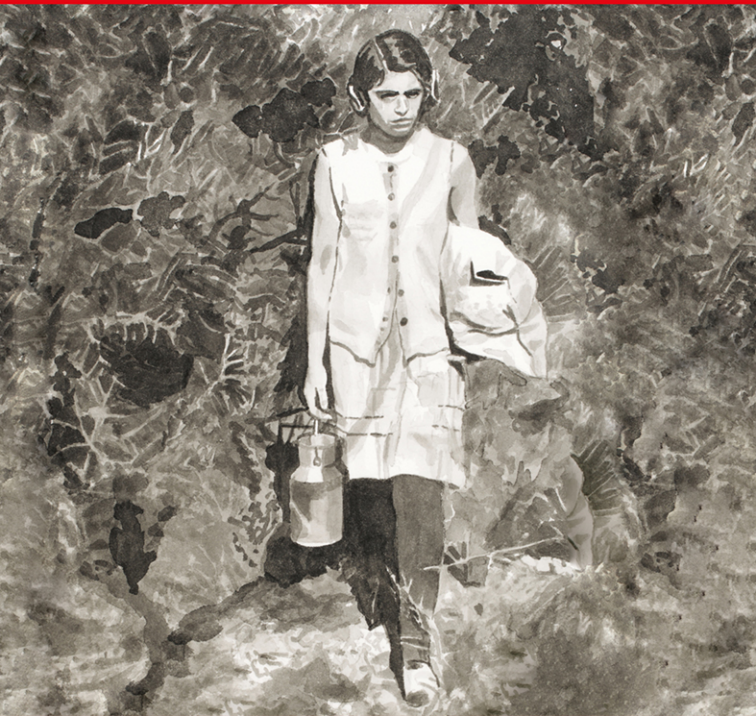


Georges Bernanos

MOUCHETTE

PERIFÉRICA



Georges Bernanos
MOUCHETTE

TRADUCCIÓN DE DAVID M. COPÉ

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2022
TÍTULO ORIGINAL: *Nouvelle Histoire de Mouchette*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez

© Georges Bernanos, 1937
© de la traducción, David M. Copé, 2022
© de esta edición, Editorial Periférica, 2022. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-37-8
DEPÓSITO LEGAL: CC-98-2022
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

NOTA DEL AUTOR

Desde las primeras páginas de esta narración, el familiar nombre de Mouchette me resultó tan natural que me fue imposible cambiarlo después.

Lo único que la Mouchette de este libro tiene en común con la de *Bajo el sol de Satanás* es esa soledad trágica en la que he visto vivir y morir a ambas.

¡Que Dios se apiade de ellas!

GEORGES BERNANOS

Ya sopla con fuerza el lúgubre viento del oeste –el viento de los mares, como dice Antoine– esparciendo las voces en la noche. Juega con ellas un momento y luego las reúne y las arroja no se sabe adónde, bramando de cólera. La voz que Mouchette acaba de oír permanece suspendida un buen rato entre el cielo y la tierra, como esas hojas muertas que no acaban de caer.

Mouchette se había quitado los zuecos para correr mejor. Y, al ponérselos de nuevo, se equivoca de pie. ¡Qué más da! Son de Eugène, tan grandes que puede meter los cinco dedos de su diminuta mano en el empeine. Lo bueno es que, si se los calza hasta el fondo, de manera que los dedos toquen la punta de los zuecos, a cada paso que da en el macadán del patio éstos hacen un ruido –semejante al de unas castañuelas– que saca de quicio a la señorita.

Mouchette se encarama a lo alto del talud y se queda allí, vigilando, con la espalda apoyada contra

el chorreante seto. Desde ese observatorio la escuela parece aún muy cercana, pero el patio ahora está vacío. Cada sábado, después del recreo, todos los cursos se reúnen en el salón de actos, decorado con un busto de la República, un viejo retrato —que nadie ha retirado de ahí todavía— del señor Armand Fallières y la bandera de la Sociedad de Gimnasia, enrollada en su funda de hule. En ese momento la señorita debe de estar leyendo las notas de la semana. Después ensayarán una vez más la cantata, que será uno de los actos solemnes de la todavía lejana entrega de premios. ¡Ah, qué lejos parece quedar aún en ese desolado marzo! Reconoce la estrofa ya familiar, esa que la señorita espeta con un rictus terrible en su diminuta boca y un movimiento de cabeza tan violento que se le cae la peineta al cuello...

¡Esperad!... ¡Tened esperanza!

Dadme tres días, les dijo Colón, y a cambio os da...

a... ré un mundo.

Y su dedo lo señalaba, y su ojo, para verlo,

escrutaba del hooo... rizonte la profunda in...

meen... sidad...

Tras las sucias ventanas, Mouchette apenas distingue las cabezas, agrupadas de dos en dos o de tres en tres alrededor de las partituras, pero la alargada

silueta de la señorita, en lo alto de la tarima, se destaca en negro sobre las paredes repintadas. Su delgado brazo sube y baja acompasadamente; a veces permanece extendido, amenazante, autoritario, mientras las voces se calman poco a poco y parecen tumbarse a los pies de la domadora, como dóciles fierecillas.

En palabras de su maestra, Mouchette «no muestra el menor interés por el canto». Lo cierto es que lo detesta. Odia cualquier tipo de música con un odio feroz e inexplicable. En cuanto los largos dedos de la señorita, deformados por el reuma, se posan sobre las teclas del armonio, siente una presión tan dolorosa en su frágil pecho que los ojos se le llenan de lágrimas, ¿lágrimas de vergüenza, quizá? Cada nota es como una palabra que la hiere en lo más hondo del alma, una de esas palabras crueles que los chicos le espetan al pasar, en voz baja, y que ella finge no oír, pero que a veces se lleva consigo hasta el anochecer, como si se le pegaran a la piel.

Un día, pálida de rabia, quiso confesarle a la maestra el secreto de esa irreprimible aversión, pero sólo fue capaz de balbucir unas explicaciones ridículas entre las que asomaba aquí y allá, sin cesar, la palabra *asco*. «La música me da asco.» «Es usted una pequeña bárbara –repetía abatida la maestra–, una auténtica bárbara. ¡Pero incluso los

bárbaros tienen música! Una música bárbara, por supuesto, pero música al fin y al cabo. En todas partes la música precede a la ciencia.» La señorita se empeñaba en enseñarle solfeo: era una pérdida de tiempo que terminaba por desquiciarla, pues Mouchette, que se empeña, no se sabe por qué, en «hablar con la garganta», hasta el extremo de exagerar su espantoso acento picardo, posee —en palabras de la propia maestra— una voz maravillosa; un hilo de voz, más bien: tan frágil que parece que va a quebrarse en cualquier momento, pero que nunca lo hace. Por desgracia, desde que cumplió los catorce —lo que la convierte en la alumna de mayor edad de la escuela—, Mouchette también ha empezado a cantar «con la garganta», y eso cuando canta, ya que, por lo general, se limita a abrir la boca sin proferir sonido alguno, con la esperanza de engañar al oído infalible de la maestra. Así que a veces ésta desciende súbitamente de la tarima, arrastra a la rebelde hasta el harmonio y, con ambas manos, la obliga a agachar su pequeña cabeza hasta las teclas.

A veces Mouchette se resiste. Otras, pide clemencia, grita que practicará más. Entonces la señorita se acomoda ante el harmonio y le arranca al insoportable instrumento una especie de mugido quejumbroso sobre el que oscila vertiginosamente la voz cristalina, milagrosamente reencontrada,

como una barca minúscula en la cresta de una montaña de espuma.

Al principio, Mouchette no reconoce su propia voz, está demasiado ocupada observando los rostros de sus compañeras, sus miradas, sus sonrisas llenas de una envidia que ella, en su candor, toma por desprecio. Luego, de repente, la voz le llega como si surgiera de las profundidades de una noche mágica e impenetrable. En vano intenta romper ese tallo de cristal, recuperar maliciosamente «la voz de garganta» y el acento picardo. Cada vez que eso ocurre, la maestra la llama al orden clavándole una mirada terrible, y el harmonio brama súbita y frenéticamente. Durante unos segundos, ella se entrega a esa lucha sin cuartel, de una crueldad que nadie podrá sospechar jamás. Y finalmente, sin quererlo, una nota destemplada sale de su pobre pecho henchido de sollozos. ¡Que sea lo que tenga que ser! Las risas estallan a su alrededor y su pequeño rostro adquiere de inmediato esa expresión estúpida con la que Mouchette sabe disimular sus alegrías.

A esas horas la señorita ya debe de haber percibido su ausencia, pero ¿qué más da? Dentro de un momento, Mouchette disfrutará de uno de sus mayores placeres, un placer humilde y feroz como ella. Dentro de un momento, la puerta siempre cerrada

que se recorta en negro sobre el muro se abrirá y vomitará al camino, con un único y penetrante grito, a la clase al fin liberada, sorda a los últimos llamamientos de la maestra, a sus impotentes palmadas. Entonces, agazapada entre los setos, conteniendo la respiración, con el corazón sumido en una placentera angustia, espíará a la escandalosa tropa, en la que es imposible reconocer rostro alguno debido a la oscuridad, unas tinieblas que solamente las voces logran atravesar, perdiendo su acento habitual y revelando otro muy distinto.

Como ocurre con los demás placeres de Mouchette, éste tampoco se atenúa con el hábito: más bien aumenta con cada nueva experiencia. Y éste lo descubrió por casualidad, como los mil y un tesoros que recoge de los huecos sombríos y las rodadas, y que llevan años olvidados ahí.

Pero hay ciertos días, los días malos –al menos así es como los llama la señorita–, en los que, cuando llega la hora del recreo de la tarde y toca pasar bajo la mísera luz que dispensa el único y avaro farol de gas que hay en el patio, la tentación de deslizarse ladinamente entre los setos y perderse en la noche es irrefrenable. Antes solía correr hasta la carretera de Aubin, sin atreverse a mirar atrás siquiera, perseguida por el amenazante tableteo de sus zuecos, y no paraba hasta no haber alcanzado, ya sin resuello, el camino de Saint-Vaast.